

*Conclusion.* — El Salvador, al llorar por Jerusalem, que iba muy pronto á ser destruída; por sus habitantes, cuyos crímenes le habian atraído este castigo; en fin, por todas las almas culpables é ingratas, de las cuales Jerusalem era la figura, nos enseña que á su ejemplo debemos compadecer los males de nuestra patria, gemir por las faltas de nuestro prójimo, y llorar nuestros propios pecados. Pongámos, pues, nuestro corazón, cristianos, en armonía con el de nuestro buen Maestro y divino modelo. Cesémos de afectarnos por la pérdida de bienes indignos de nosotros, porque no pueden ellos nada para nuestra verdadera felicidad. Por el contrario, que nuestro corazón sienta vivamente lo que aflige á nuestro prójimo, y sobre todo lo que ofende á Dios. Entonces dejemos nuestras lágrimas correr; no podríamos, por estos motivos, verter demasiadas nunca. Para llorar los males de su patria y las infidelidades de sus compañeros, el profeta Jeremías hubiera querido que sus dos ojos se cambiasen en dos manantiales de lágrimas. Y el apóstol san Pedro lloró tan abundantemente por haber renegado á su divino Maestro, que sus lágrimas habian acabado por hacer en sus mejillas dos surcos profundos. Imitémos á estos santos personajes, que han llorado como Jesús. Nuestras lágrimas, en este caso, no serán pérdidas. Si las que vertemos por los demás no pueden

pecado. Jesús llora, este amigo dulce; Jesús llora y somos nosotros quiénes le hacemos llorar; soy yo quién le ofende, quién abusa de sus gracias, quién pierde sus almas por mi ejemplo. Oh! cómo no llorar considerando nuestra miseria, recapitulando nuestros faltas, experimentando nuestras debilidades, enrojeciendo de nuestra ingratitud? Jesús llorar por nosotros, cómo no lloraríamos por nosotros mismos. Nuestras lágrimas son preciosas, cómo las de un Dios? Preciso es que seamos muy miserables para destrozarse esta gran corazón y llenar de lágrimas estos ojos llenos de los destellos del cielo, y que condensan los profundos abismos de la esencia divina: preciso es que seamos muy insensibles para no llorar sin cesar. ¡Oh lágrimas de mi Jesús, haced caer mis lágrimas, penetrad mi corazón tanto de mis indignidades cómo de vuestras ternuras, tanto de mi ingratitud cómo de vuestro amor. (Sagette, loc. cit.)

serles aplicadas, por consecuencia de su obstinación en el mal, Dios las pondrá en nuestra cuenta. Ellas servirán, de concierto con las que vertemos por nosotros mismos, para lavar nuestra alma de sus manchas, y para hacerla digna de entrar allí en donde nada impuro puede penetrar, quiero decir, en la gloria del cielo. Así sea.

## NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

### SEGUNDA INSTRUCCION.

#### La dureza de Jerusalem.

##### I. Su causa. — II. Su efecto.

Lo que hizo verter á Nuestro Señor lágrimas tan llenas de amargura por Jerusalem, fué, acabais de oírlo, el conocimiento que tenía, cómo Dios, de los males que iban muy pronto á caer sobre esta ciudad desgraciada, y que debian conducir á su destrucción. En cuanto á lo que atrajo sobre Jerusalem estos males terribles, es igualmente evidente que fué esto, no precisamente su infidelidad, sino también su dureza en el mal. Pues cuál fué la causa de este endurecimiento, y cuál su efecto? es lo que Nuestro Señor nos descubre también en el Evangelio del cuál acabo de daros lectura. Y porque él no nos ha revelado esta causa y este efecto más que para nuestra instrucción, me propongo, en su consecuencia, hacer de ello el asunto de nuestra plática de esta mañana. Pocos asuntos podrian suministrarnos tan graves y tan útiles reflexiones.

I. — *Causa del endurecimiento de Jerusalem.* — Esta causa está indicada por Nuestro Señor, cuando después de haber predicho á la ciudad ingrata los males que debian sucederle, añade que ella será herida, *porque no ha conocido el tiempo en el cual Dios la ha visitado.* Qué quiere decir esto, y porqué fué para Jerusalem un tan grande crimen el no haber conocido el tiempo de la visita de Dios?

Diciendo á Jerusalem que no habia ella conocido el tiempo en el



cual Dios la ha visitado, el Salvador ha querido hacer entender, no que ella no habia podido conocer este tiempo, sino tambien que ella no habia querido conocerle. Si Jerusalem no habia podido conocer por una u otra causa, el tiempo en el cual Dios la habia visitado, no hubiera habido falta por su parte, y el Salvador no le habria dirigido reproche alguno, del mismo modo que no habria incurrido en castigo alguno. Pero Jerusalem no habia conocido estas visitas, porque ella no lo habia querido. Las visitas de que se trata son las del mismo Salvador, es decir sus tentativas con el objeto de hacerse reconocer por Jerusalem como el Mesias. Estas visitas, estas tentativas habian sido tan numerosas como espresivas. Apenas nacido, habia visitado á Jerusalem en la persona de los Magos, para hacerle conocer su nacimiento en el tiempo y en el lugar, anunciado por los profetas. El dia de su presentacion en el templo, el visitó á Jerusalem, corroborando los hechos de su nacimiento por la boca de santo anciano Simeon y la de la profetisa Ana, que le reconocieron publicamente por el Mesias. Un poco más tarde, cuando alcanzó la edad de doce años, y anticipando, para no dejarse olvidar, el tiempo de su predicacion, él visitó nuevamente á Jerusalem, y habló en el templo con una sabiduria tal que los ojos menos perspicaces hubieran podido reconocerle. Por ultimo, llegó el tiempo de su predicacion, durante el cual no cesó un solo dia de visitar á Jerusalem, sea personalmente, sea por el relato de sus palabras y de sus milagros que él hacia providencialmente llegar y propagar. A Jerusalem correspondia conocer sus visitas. Pero ella no las quiso conocer, y hé aqui porqué no las conoció. En su nacimiento, ella no se dignó molestarse para ir con los Magos á adorarle en la cuna. En su presentacion, ella dejó apagarse sin eco las palabras profeticas de Simeon y Ana. Cuando le oyó en el templo cuando tenia doce años, ella permaneció en una apatia asombrosa. Y durante todo el tiempo de su predicacion, en lugar de buscar el conocerle y de prestar atencion á lo que decia y los ojos á lo que hacia, Jerusalem no tuvo otro pensamiento, casi desde el principio, que el combatirle, perderle en la opinion del pueblo y finalmente hacerle morir <sup>1</sup>.

1. *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ. Id est, eo quod co-*

Hé aqui cómo Jerusalem no ha conocido el tiempo en el cual el Señor la ha visitado para salvarla; hé aqui cómo ella no ha querido conocerle. Y hé aqui al mismo tiempo la causa de su endurecimiento. Porque sucedió á esta ciudad ingrata lo que acontece á estos animales testarudos que se obstinan en no obedecer á la voz de su amo. Para hacerles avanzar, el dueño está obligado á golpearlos repetidas veces, de donde resulta que su piel se cubre de callosidad y se hace más y más dura; de tal modo que al fin no sienten nada más lo que con ellos se hace. Así Jerusalem, rehusando atender á las visitas que le hacia Jesus, desviandose de oirle y de escucharle, desdenando las pruebas que él la daba de su divina mision; Jerusalem, digo, se ha hecho insensible á estas pruebas, y se ha endurecido, por ultimo, contra ellas de una manera tan completa, que no le han hecho ninguna impresion. Jerusalem se ha endurecido tanto, cuanto más há hecho Jesucristo para ganarla, convertirla y salvarla. Si Nuestro Señor hubiese hecho menos por ella, se hubiera endurecido menos. Pero persiguiendola hasta el fin, cómo el pastor de las montañas persigue á la ojea que se le escapa hasta que ella se há arrojado en un precipicio, Nuestro Señor nó há hecho más que testimoniarle la inmensidad de su amor, y la obstinacion en que ella há persistido, no es imputable más que á ella sola.

Aprendámos de ahí, cristianos, la manera de conducirnos relativamente con las visitas que Dios nos hace. Porque Dios no nos visita menos, no nos persigue menos para ganarnos y salvarnos, que él há visitado y perseguido á Jerusalem. Nos ha visitado por las instrucciones que nos há hecho dar en el tiempo de nuestra primera comunión; nos há visitado con las dulzuras que nos há hecho gustar en esta accion santa; nos há visitado, en la Confir-

*gnoscere nolueris tempus mei adventus et prædicationis, quando veni ut inviserem te et salvarem. Tempus primi adventus sui Dominus tempus visitationis appellat, sicut Zacarias in cantico de Salvatore dixerat: Visitavit nos oriens ex alto... visitavit, et fecit redemptionem plebis suæ. Luc I, 76, 68. (Schouppe. Evang. illustr. dom. 9. post Pent.)*



macion, enviándonos su Espíritu Santo para fortificarnos en la vida cristiana. Todos los dias nos visita tambien, unas veces enviándonos prosperidades para animarnos, y otras veces enviándonos pruebas para hacernos pensar en Dios. Algunas veces haciendo morir á nuestro padres y á nuestros amigos para asustarnos, otras veces enviándonos enfermedades para hacernos reflexionar. En este mismo momento nos visita, por las reflexiones saludables que nos sugiere <sup>1</sup>.

1. *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.* « Id est, ut Dionysius Carthusianus inquit, Christi adventum, accessum, et conversationem ejus in te. » Pro cujus expositionis confirmatione textum illum Cantici Zachariæ adducit. *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ.* Luc. 1, 68. Atque hinc est, inquit idem Carthusianus, quod Deus per Isaiam lamentetur: *Cognovit bos possessorem suum, et asinus præsepe Domini sui, Israel autem me non cognovit, populus meus non intellexit.* Is. 1, 3. — Cajetanus ait: « His verbis causa pænæ significatur culpa cæcitatatis, qua non cognovit tempus, hoc est, quo Jesus illam visitavit personaliter, cum tot evidentibus et claris testimoniis, quod ipse esset Messias. » Lucas Burgensis dicit: « Visitationis tuæ, quo in visceribus misericordiæ Dei ex alto te visitavit oriens. » Titus Bostrensis similiter per hanc visitationem Christi Incarnationem intelligit: « Tempus visitationis, inquit, illud vocat, quo ipso e cælo delapsus eum visitavit, multaque; inter visitandum divina documenta tradidit, ac plurima tandem stupenda miracula in eo patravit. » Deus noster apud Isaiam prophetam, huic tantopere a se dilectæ civitati protestatur, dicens: *Nunquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui: ecce in manibus meis descripti te, muri tui coram oculis meis semper.* Is. XLIX, 15. Profecto amatus ille planctus et lacrymæ, quas desolationem civitatis illius prævidens, effudit, clarum satis et evidens indicium erant, quod invitus admodum ejus ruiam videbat; præterea divinæ justitiæ flagellum, non tantum una septimana, nec uno mense aut uno duntaxat anno, sed quadraginta annis suspendit, imo mediante S. Jacobo Minore Apostolo, civitatis illius episcopo, qui quod ei simillimus esset, frater illius cognominatus fuit, quotidie hunc populum per plurium annorum decursum ad veræ fidei agnitionem, et vitæ resipis-

Pues bien, cristianos, la manera de recibir estas visitas de nuestro Dios, es estando siempre dispuestos á acogerlas con dili-

centiam inducere conatus fuit; in aere item visa sunt portenta, per aereas illas regiones discurrentia, nimirum juxta muros visa sunt applicati machinæ currules militares, integrique conspecti sunt in aere discurrentes armatorum diversorum exercitus; prius quoque igneus belli furor in Galilæa, cunctisque aliis circumvicinis provinciis, cum totali earum exterminio accensus fuit; ac tandem immensa Dei misericordia ordinatum fuit, quod Romani illis pacta obtulerint mutuae pacis et concordiae, at vero ut Deus per eundem prophetam juste lamentatur dicens, Isa. XLIX, 5: *In vanum laboravi, sine causa et vane fortitudinem meam consumpsi,* quia intellectus sui oculos aperire semper detestarunt, nec cum filium Dei et Messiam ipsorum cognoscere aut profiteri voluerunt, ac proinde hac notitia et agnitione destituti et privati, in prædam facti sunt mortis corporalis, ac demum etiam æternæ, siquidem catholica veritas est, quod S. Joannes claris verbis asserit, dicens: *Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum verum Deum, et quem misisti Jesum Christum.* Joan. XVII, 3. Et quidem quanto ejus pietas illos expectando longanimior fuit, tanto deinceps justitia ejus in illis castigandis fuit rigidior. — Porro visitatio hæc nihil aliud fuit, quam populi illius per fidem et agnitionis Divinitatis ejus facta illuminatio: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ, visitavit nos oriens ex alto. Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent.* Luc. 1, 68. Sed quia obstinati et contumaces oculos suos huic lumini clauserunt, ideo ex hujusce agnitionis defectu, in profundissimum præcipitati fuerunt barathrum impietatis, cui simile in terra nunquam visum fuit, nimirum in veri Dei infamem crucifixionem; siquidem ut S. Paulus testatur, I. Cor. 2, 8: *Si cognovissent, nunquam Dominum gloriæ crucifixissent;* et hæc præcipua causa est, ob quam innumerabiles animæ perduntur, quia scilicet lumini, quod Deus illis inspiravit, minime operibus et conversatione correspondent. Unde bene Carthusianus monet dicens: Videamus, ne et nos tempus visitationis nostræ parvipendamus, obliviscamur et ingrati reddamur. Huic visitationi invenitur ingratus, qui secundum exigentiam suæ vocationis, non est sollicitus digne Deo conversari, » cui addere possumus, qui non est sollicitus Deo obedire, » neque enim dum a Deo vocamur, vocationem illam surdis auribus excipere, nec obedientiam luminibus et auxiliis,



gencia y reconocimiento; es tambien pidiendolas, si advertimos que ellas se hacen esperar; es principalmente sacando provecho, para ilustrarnos, para animarnos y para inflamarnos. Desgraciados nosotros, si imitamos las resistencias de la ingrata Jerusalem! caeriamos inevitablemente en el mismo endurecimiento. Es decir, desgraciados nosotros, si en lugar de escuchar lo que Dios nos dice ó nos inspira, por uno ú otro medio, desviamos nuestro pensa-

quæ Deus pro salute nostra nobis offert, debitam suspendere et differre debemus, quia si hoc lumen perdidimus, in tenebras utique corrueamus sempiternas. S. Gregorius ho. 39 in Evang. ait: « Parvam quamque animam omnipotens Deus multis modis visitare consuevit, non assidue hanc visitat præcepto, aliquando autem flagello, aliquando vero miraculo, ut ea vera quæ nesciebat, audiat, et tamen adhuc superbiens, atque contemnens aut dolore compuncta redeat, aut beneficiis devicta, malum quod fecit, erubescat, sed quia visitationis suæ tempus minime recognoscit, illis in extremo vitæ inimicis traditur, cum quibus in æterno judicio, damnationis perpetuæ societate colligatur. » — Hugo Cardinalis ad animam, peccatis immersam et contumacem, decursum suum convertit, quæ prius modis a S. Gregorio insinuat a Deo visitata est: « Visitat enim mittendo prædicatores; » per hos enim illis manifeste ostendit mirabilem statum, in quo vivit; item obligationes, quibus ad restituendam famam aut facultates ad remittendum has vel illas injurias, ad reconciliandum se cum proximo, ad rescindendum usurarios contractus, sive ad faciendam et erogandam pauperibus eleemosynam Deo obstringitur, et væ illi, si huic ei a prædicatore communicato luminis non correspondeat, ut decet: « Aliquando visitat flagello, quia grandinat vineas, et necat armenta, ut et ipsi resipiscant », fames enim, annonæ caritas, aut acris noxia intemperies, visitationes Dei sunt, volentis, ut post tot perpressa adversa, tandem aliquando emendaremur, disceremusque deinceps bene nostros collocare redditus et messes, non vero easdem in vitiorum nostrorum fomentum adhibere. « Visitat flagello, » id est, vel per damnosum valde naufragium, vel per debitoris alicujus foricessionem, persecutionem, infirmitatem mortalem, vel per alios modos, quibus nos percutit, ut resipiscamus; visitat miraculo, dum illis quoque utitur ad magis excitandam in nobis fidem nostram, nosque exstimulandos ad majorem devotionem, compunctionem et gratitudinem MANSI, (Ærar. Evang. dom. 9. post Pentec.).

miento y nuestra atencion, cerramos nuestros oidos y nuestro corazon á su voz y á sus llamamientos, si huimos á sus pesquisas, y rechazamos los esfuerzos que él hace para tocarnos y atraernos! Poco á poco nuestra sensibilidad se enmoecería, y toda via para volver á Dios nos estaria para siempre cerrada, cómo vamos á verlo considerando.

II. — *El efecto del endurecimiento de Jerusalem.* — Nuestro Señor señala el efecto del endurecimiento de esta ciudad culpable, cuando le dice en medio de sus llantos: *Si tu pudieras conocer, por lo menos, en este dia que te es todavia otorgado, lo que puede traerte la paz! Esto ahora está oculto á tus ojos.* Así, del mismo modo que la criminal obstinacion de Jerusalem en no querer conocer el tiempo de las visitas de Jesus, habia producido su endurecimiento; de igual manera su endurecimiento tuvo por efecto el cegarla. Ella no habia querido ver en Jesus la realización de los profecias; ella nó habia querido escuchar sus divinas enseñanzas; ella no habia querido abrir los ojos sobre su vida tan santa; ella no habia querido considerar sus milagros tan numerosos y tan brillantes; ella habia cerrado los ojos á todos los rayos de divinidad que se escapaban de su origen, de su vida, de sus palabras y de sus actos. Pues qué sucedió? Sucedió que nó habiendo querido ver, ella nó vió realmente yá; sucedió que no habiendo querido sér ilustrada, ella dejó de poder serlo. Es lo que significan claramente estas palabras del Salvador que acabo de recordar, y que dirijia á la ciudad ingrata el dia mismo en que iba á hacer su entrada triunfal. Ah! *si tu pudieras conocer*, le decía, *por lo menos en este dia que te es acordado, lo que puede traerte de paz.*

*Pero esto ahora está oculto á tus ojos.* El tiempo de la misericordia no habia pasado todavia, y el Salvador hubiera querido favorecer á la ciudad nó obstante tan rebelde, tan ingrata, y tan culpable. Una vez más iba él á presentarse á ella, bajo una forma anunciada por los profetas, cómo su verdadero Rey y su solo Salvador. Pero sabia que Jerusalem nó se aprovecharia de esta ultima revelacion cómo no se habia aprovechado de todas las demas, porque habiendo cerrado durante tanto tiempo los ojos á la luz, estaba



ella ciega y nó veia claro. Porque para ver un objeto, es preciso nó solamente que este objeto exista y que este iluminado por la luz del dia; es preciso ádemas un ojo sano que lo perciba. Pues lo que faltaba á Jerusalem para ver y conocer á su Salvador, no era el Salvador mismo, puesto que sín cesar estaba en medio de ella; no era la luz, puesto que la habia bastante para que otros muchos le viesen y reconociesen; sínó un ojo sano; el de Jerusalem, cerrado hacia mucho tiempo, habia perdido la facultad de ver <sup>1</sup>.

Terrible consecuencia del endurecimiento, y nó sabriamos, cristianos, temer demasiado. Terrible consecuencia, digo, tanto en ella misma cómo á causa de su frecuencia. En ella misma, la consecuencia del endurecimiento, que es la ceguedad del espíritu, es la ultima de las desgracias. Se puede volver de la incredulidad franca, testigo santo Tomas; se puede superar los abismos de la corrupcion, testigo santa Maria Magdalena; pero no se vuelve de la ceguedad del espíritu, testigo Jerusalem, con sus fariseos. No se puede volver de la ceguedad del espíritu, porque para volver del mal al bien, es preciso ver el mal en donde está, y el bien adonde se quiere ir; pues la ceguedad del espíritu impide precisamente el ver este mal y este bien; impide ver el mal camino en que se está, y la buena via adonde sería necesario ir. Por consiguiente, sín un milagro formal de la gracia, imposible la vuelta, nada de conversión posible.

La ceguedad del espíritu, consecuencia del endurecimiento del corazon no es, por otra parte, un mal cuya rareza podria hacer creer que se escapa comunmente. Si fuera así, podria inspirar menos temor. Cuando una enfermedad mortal reina en una comarca, sí no ataca más que pocas victimas, nó se preocupa y atormenta más que moderadamente; pero si ella ataca á la mayoría de las poblaciones, entonces el temor se apodera, y nó hay nada que no

1. *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis...* Non quod videre nequeas, ut veritas tibi non proposita nec manifesta sit; sed quia voluntarie obcæcata, oculos abnuis aperire. (Schouppe, Evang. illustre, dom. 9, Pentec.)

se haga para escapar del azote. Lo mismo sucederia con relacion á la ceguedad del espíritu, porque es una desgracia tán comun cómo terrible. Cuántos cristianos, en efecto, nó se vé que estan heridos de este espantoso mal! Cuántos cristianos que nó comprenden yá nada de las cosas de fé! Cuántos cristianos en el espíritu de los cuáles las pruebas las más vivas de la divinidad de la religion nó dicen yá nada! Cuántos cristianos que no vén yá la necesidad de dar á Dios un culto á la vez interior y exterior; que nó vén yá la necesidad de hacer buenas obras para ir al cielo, ni la necesidad de un infierno eterno para castigar á los malos, aunque no fuésen culpables de un solo pecado mortal! Cuántos cristianos que nó vén yá el perjuicio que se causa viviéndo en la enemistad de Dios, que no ven yá el terrible peligro al cual están espuestos permaneciéndo en el estado del pecado! En donde están los que vén las bellezas de la religion, que admiran edificio divino de la Iglesia, que contemplan las maravillas de sus sacramentos? Son muy raros, ay! y no se puede más que repetir que la ceguedad del espíritu, consecuencia del endurecimiento del corazon, es una desgracia tan frecuente cómo funesta <sup>1</sup>.

1. *Quia si cognovisses et tu.* Id est, inquit Cajetanus, « si cognovisses mala tibi superventura, fleres; supple, quæ modo frueris bonis, quæ sunt ad pacem tuam, bonis temporalibus; alter sensus est: si cognovisses, quæ ad pacem tuam (hoc est, mea gesta, meum adventum, mea bona, quæ sunt ad veram pacem) quæ modo sunt abscondita ab oculis tuis internis. » — Didacus Stella sermonem hunc Christi interruptum esse observat: « Adverte, quod Christus hæc verba scissa, et absque perfecto integræ orationis sensu protulit, nobis significavit ingentem animi dolorem, ob quem vox hæsit faucibus, et lingua perfecte pronuntiare ex exprimere sensum suum non potuit. » Verbum igitur æternum, Sapientia Patris, is inquam, qui linguas infantium facit disertas. Sap. x, 21, de quo ipsi quoque infideles fatentur, quod *nunquam sic locutus est homo*, Joan. 7, v. 46, modo perfecte verba enuntiare et eloqui nescit? Ecce tibi quousque tristitia illius et dolor ascenderint, qui ob animarum perditionem, et propter supplicia, quæ divina justitia super illos immissura erat, illum affligunt. — Volebat Christus hisce verbis